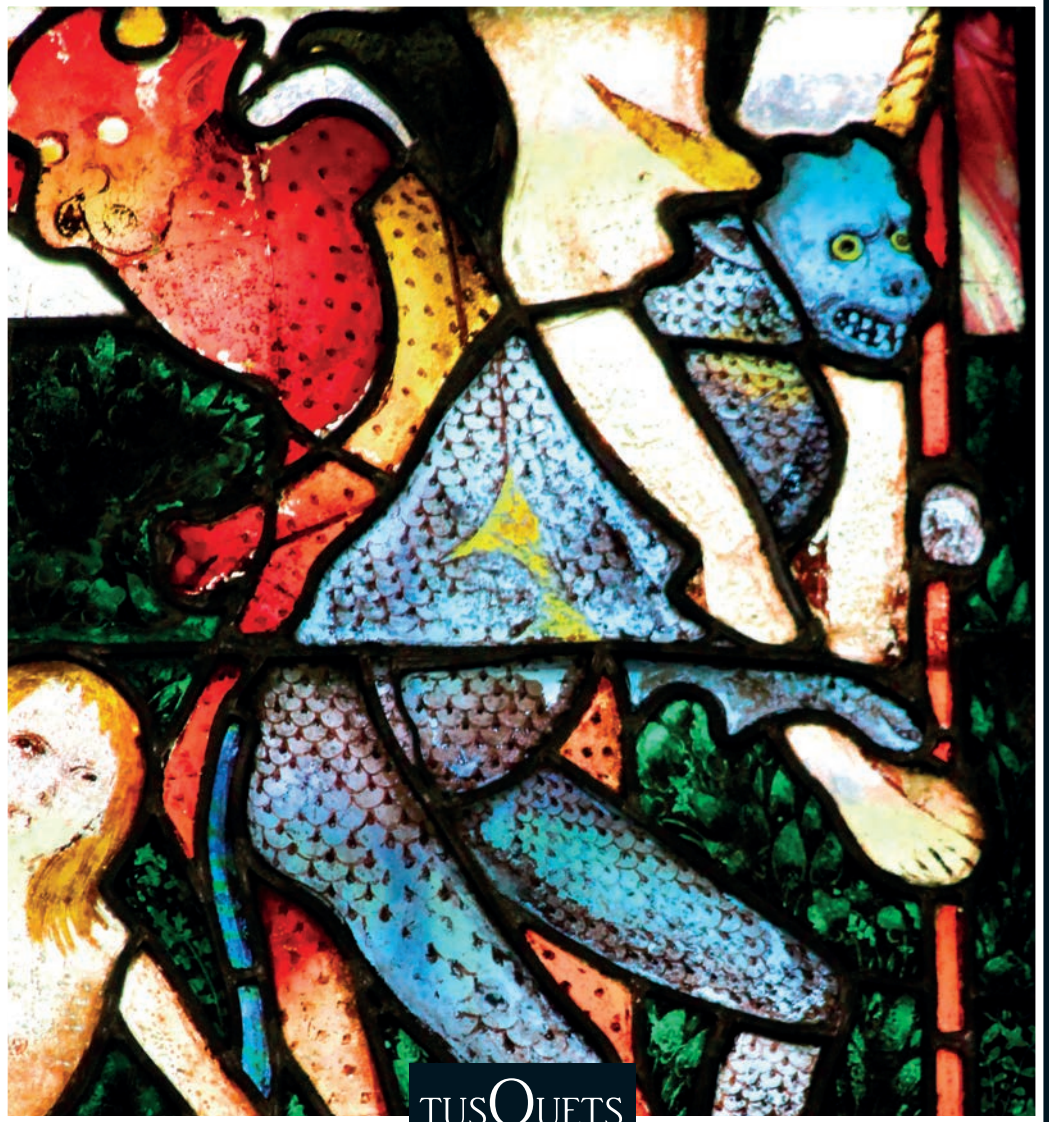


John Connolly
ANTIGUA SANGRE

colección andanzas

SERIE
DETECTIVE
**CHARLIE
PARKER**



TUSQUETS
EDITORES

JOHN CONNOLLY
ANTIGUA SANGRE

Traducción de Vicente Campos

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *A Book of Bones*

1.ª edición: junio de 2021

© 2019 by Bad Dog Books Limited

© de la traducción: Vicente Campos González, 2021

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-981-5

Depósito legal: B. 6.353-2021

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

Primera parte	11
Segunda parte	75
Tercera parte	95
Cuarta parte	171
Quinta parte	259
Sexta parte	369
Séptima parte	401
Octava parte	447
Novena parte	517
Décima parte	589
Décima primera parte	619
Décima segunda parte	703
Décima tercera parte	725
Agradecimientos	761
Permisos	763

Desierto, matorrales y una ciudad a la luz del sol: Phoenix, Arizona.

—¿Por negocios? —preguntó la mujer sentada al lado de Parker cuando el avión realizaba su aproximación al aeropuerto. No habían hablado desde que el vuelo despegó de Texas, pero Parker había notado su curiosidad. La había adelantado mientras lo acompañaban a la puerta de acceso, saltándose el control de seguridad, con un agente federal a cada lado, sin ocultar sus armas. Le sorprendió que hubiera tardado tanto en entablar conversación. La autodisciplina de la mujer era encomiable.

—¿Disculpe? —dijo él.

Calculó que rondaría los cuarenta y pocos y se había divorciado recientemente. El círculo claro alrededor de su anular era muy evidente sobre el tono de piel bronceada del sudoeste. Tenía el pelo moreno, y una mirada afable, aunque precavida. Probablemente la separación había sido dolorosa.

—Me preguntaba si viene por negocios.

—Sí.

Parker volvió la mirada hacia la ventanilla, pero ella insistió.

—Le molesta que le pregunte a qué se dedica.

La respuesta correcta habría sido «sí» por segunda vez, pero no quería parecer maleducado. Habría hecho que ella se sintiera mal, y él no se hubiera sentido mucho mejor.

—Cazo —contestó Parker. La palabra le sorprendió incluso a él, como si la hubiera pronunciado otro.

—Oh. —Estaba claro que no le había hecho gracia.

—Pero no animales —añadió, como si aquella voz ajena quisiera complicar más aún las cosas.

—Oh —repitió ella.

A Parker le pareció que oía chirriar sus engranajes mentales.

—Así que caza... ¿personas?

—A veces.

El tren de aterrizaje bajó y el avión tocó tierra con un salto que hizo que alguien en la parte de atrás soltara un gáñido como un perro malherido.

—¿Como un cazador de recompensas? —preguntó la mujer.

—Como un cazador de recompensas.

—Entonces, ¿es eso a lo que se dedica?

—No.

—Oh —dijo ella por tercera vez—. Supongo que no debería haber preguntado, pero vi a los hombres que iban con usted en el aeropuerto y...

Fue bajando la voz hasta callar. Sostenía una revista en las manos, que abrió en ese momento y fingió leer mientras los acercaban a la terminal. Parker había dejado a un lado el libro que estaba leyendo, un ejemplar de los *Ensayos* de Montaigne que le había regalado Louis. Era la primera vez que Louis le ofrecía un libro. Recientemente se había convertido en todo un bibliófilo. Y él también, porque durante los últimos meses habían aprendido mucho sobre volúmenes antiguos.

Parker no tenía muy claro por qué los *Ensayos* habían atraído tanto a Louis, aunque debía admitir que Montaigne era capaz de opinar sobre cualquier tema, ya fuesen los pulgares o los caníbales. Al principio, Parker había seguido leyendo en deferencia a la persona que se lo había regalado, pero ahora Montaigne le había conquistado. Montaigne sabía mucho, pero sus ensayos no trataban tanto de exhibir sus muchos conocimientos como de empeñarse en alcanzar cierta comprensión de lo que no sabía, y eso lo convertía en un individuo excepcional desde cualquier punto de vista. Dado que el vuelo había sufrido un retraso de casi una hora, había dispuesto de mucho tiempo para pasarlo en compañía de Montaigne.

El avión se detuvo, pero Parker no se apresuró a levantarse.

Iba sentado en la segunda fila, viajaba solo con equipaje de cabina, y sabía que habría más agentes federales esperándole en la puerta. Estaría alejándose del aeropuerto en un coche antes de que la mayoría de sus compañeros de viaje hubieran recuperado sus equipajes.

La puerta se abrió y los primeros viajeros empezaron a desembarcar. La mujer que había estado sentada a su lado lidiaba ahora con una maleta demasiado llena que no conseguía sacar del compartimento para el equipaje. Parker la ayudó a liberarla y ella le dio las gracias.

—Lamento haber sido tan entrometida —dijo.

—No se preocupe.

Él la siguió para salir del avión. Ella se puso a su lado.

—Mire —dijo—, si va a pasar unos días en la ciudad, tal vez le apetezca que quedemos para tomar una copa. Yo invito, a modo de disculpa, y le prometo que no haré más preguntas sobre cómo se gana la vida. Al menos, lo intentaré.

—Es muy generoso por su parte —dijo Parker—, pero no me quedará mucho tiempo.

Llegaron a la puerta. Como estaba previsto, dos agentes federales más merodeaban por el mostrador de información. Parker los vio reaccionar cuando lo reconocieron, y la mujer se dio cuenta.

—Supongo que no hace daño preguntar —dijo.

—No.

Le pasó su tarjeta de visita. Se llamaba Tonya Nichols, y era vicepresidenta de un banco en Tempe.

—Es por si hay algún cambio en su agenda —dijo—. Buena suerte con su caza.

Parker nunca se había sentido a gusto en Arizona. No tenía el gen del desierto, y Phoenix Sky Harbor era uno de los aeropuertos que más detestaba, incluso por sus ya de por sí bajos estándares de arquitectura brutalista. A finales de la década de 1990, el que era por entonces el alcalde de Phoenix, Skip Rimsza, había propuesto rebautizar el aeropuerto en honor de Barry Goldwa-

ter. La propuesta no contó con los suficientes apoyos para salir adelante, pero la Terminal 4, a la que había llegado Parker, seguía llevando el nombre del senador republicano pirado de los ovnis, al que había machacado Lyndon Johnson en las elecciones presidenciales de 1964. Pero el abuelo de Parker, un convencido demócrata del nordeste, siempre había sentido cierto afecto por Goldwater, sobre todo porque había aconsejado a todos los buenos cristianos que formaran una fila y le patearan el trasero al telepredicador evangelista Jerry Falwell.

Los dos agentes que flanqueaban a Parker no parecían lo bastante mayores para recordar el funeral de Goldwater, que se había celebrado en 1998, cuando ellos seguramente fichaban todavía en la cuna. Parker se preguntó si el FBI reclutaba ahora directamente en los institutos de secundaria. Los agentes, que se presentaron como Skal y Crist, eran muy educados y uno de ellos se empeñó en cargar con la maleta de Parker, permitiéndole llevar solo su bolsa de mano de cuero. Su amabilidad hizo que Parker se sintiera viejo, y su estatura le hacía parecer una mascota adoptada. Skal medía más de metro ochenta y tenía una complexión formada de bloques compactos. Y, en comparación, Crist le hacía parecer minúsculo.

—¿De dónde sale el nombre de Skal? —preguntó Parker.

—De Dinamarca, señor.

—¿No es una especie de brindis?

—Sí, señor. Creo que es un derivado de una taza o un cuenco.

Parker no estaba acostumbrado a que unos agentes federales se dirigiesen a él con tanta educación. Le ponía nervioso.

—¿Te importaría no llamarme «señor»?

Skal miró a Crist, que se encogió de hombros en un gesto de impotencia, como si sugiriera que las costumbres de los hombres eran un misterio para él, pero que respaldaría a su compañero a capa y espada si la decisión de no utilizar el «señor» se volvía contra él en algún momento.

—Lo intentaré —dijo Skal.

A esas alturas se encontraba en la puerta de la terminal. Un potente todoterreno Chevy Suburban estaba aparcado en el área reservada para el personal de las fuerzas de la ley, un coche pa-

trulla del Departamento de Policía de Phoenix merodeaba cerca por si alguien se alarmaba.

—Supongo que Ross ya está aquí.

—El agente especial Ross está en la escena del crimen —le corrigió Crist. Su voz resonó tan grave que bien podría haber salido de las entrañas de la tierra.

—¿Dijo algo antes de que los enviara a recogerme?

Fue Skal el que respondió la pregunta:

—Señor —y la palabra contenía una silenciosa disculpa por haberse presentado de nuevo—, nos dijo que no le dejáramos matar a nadie.

—Fue muy claro al respecto —añadió Crist.

Ninguno de los dos agentes esbozó el atisbo de una sonrisa. Como mucho, desprendían el aire levemente irritable de dos estudiantes de sobresaliente que, sin saber cómo, se habían relacionado con un mal bicho y estaban seguros de que eso iba a repercutir en sus calificaciones al final del semestre.

—Bueno, no querría meteros en ningún lío —dijo Parker.

—Gracias —dijo Skal.

—Sí —añadió Crist—, muchas gracias. Nosotros tampoco quisiéramos que nos metiera en líos, señor.

Los tres hombres permanecieron un momento con una sensación incómoda junto al Suburban.

—Si estáis esperando que os dé un abrazo... —dijo Parker.

Skal se apresuró a abrir la puerta trasera del Suburban. Estaba claro que no era de los que abrazan.